

# Unión de los cristianos

## ¿Divergencias

entre

Paulo VI

y

Juan XXIII?

Juan Miguel

Ganuzo, S. J.

### La razón de un escándalo

Las declaraciones netas, prudentes, de Paulo VI desde el balcón del Vaticano en su alocución semanal al pueblo romano los días 17 y 24 del mes de enero, sobre la unión de los cristianos, han levantado la confusa polvareda del escándalo en un vasto sector de la

prensa neutra, hecha a alimentarse de manjares gruesos y totalmente ignara de sutilezas doctrinales o de precisiones dogmáticas. A la gran prensa mundial le basta presentar a su público, incapaz de matices, cuadros simplistas, de rudo primitivismo, y elaborados nerviosamente en función del teletipo y a brocha gorda. El eclecticismo devorador de esa gran prensa es incapaz de pararse a reflexionar ante ciertas fronteras, y las salta alegremente, sin saber detenerse en los linderos del bien y del mal, de la sana filosofía, o de la más simple racionalidad. Y en problemas teológicos y aun religiosos no hay muro que no derrumbe el insensato tractor de su suficiencia ignorante.

Hubo una época en que la dosis de escándalo necesaria para condimentar la comida diaria del gran público fue contraponer la bondad de Juan XXIII a la actitud fría y egoísta de Pío XII. El cestillo de flores a Juan XXIII no servía para nada sin la paletada de cieno a su predecesor. Y no caían en cuenta que si la vasija era distinta, el líquido era el mismo.

Hoy se quiere contraponer la cerrazón de Paulo VI a la apertura misericordiosa de Juan XXIII. El eterno y simple recurso de buenos y malos, papas buenos y papas malos.

¿Está llevando Paulo VI una política contraria a Juan XXIII en el diálogo con los hermanos cristianos separados? ¿Está tapiando el Papa actual la puerta abierta por su bondadoso predecesor? ¿Se avanzó demasiado y ahora llegó la hora de retroceder en el acercamiento de las Iglesias cristianas?

¿Habrán quebrantado tan a la ligera Paulo VI la promesa que hizo solemnemente el día de su coronación de conservar y mejorar la

herencia recibida de su santo predecesor Juan XXIII?

Escuchemos las paternas palabras que Paulo VI dirige a los hermanos separados en la homilía solemne de su misa de coronación (30-6-1963):

“Nos dirigimos también a aquellos que sin pertenecer a la Iglesia Católica están unidos a nosotros por el lazo poderoso de la fe y del amor al Señor y marcados por el sello del único Bautismo. Con respeto doble de inmenso deseo, el mismo que desde hace largo tiempo anima a muchos de ellos, ambicionamos el día que ha de llegar en que, después de siglos de funesta separación, se realice perfectamente la oración de Cristo en la víspera de su muerte: “que todos sean uno”.

De esta forma recibimos la herencia de nuestro inolvidable predecesor Juan XXIII, quien con la inspiración del Espíritu Santo hizo nacer en este aspecto inmensas esperanzas que Nos consideramos un deber y un honor no malograr.

Con él no nos hacemos ilusiones en cuanto a los graves problemas que han de ser resueltos y sobre la importancia de los obstáculos que habremos de vencer. Pero confiando en el lema del gran apóstol cuyo nombre hemos escogido —la verdad y la caridad—, deseamos, utilizando tan sólo estas armas de la verdad y de la caridad, proseguir el diálogo iniciado y, en la medida de nuestras fuerzas, continuar la empresa impulsada ya.”

Si Juan abrió la brecha al mundo y a los hermanos separados, con el ariete de su bondad, sin poder empezar a poner de obra su inmenso deseo de dirigir él la marcha, Paulo VI se pone en camino, humildemente, con sencillez evangélica.

En Palestina Paulo VI se encuentra con el Señor, con las muchedumbres que aún recordaban el sabor del pan milagroso, y particularmente con las Iglesias ortodoxas orientales en la persona del patriarca ecuménico Atenágoras. Y ¿quién podrá olvidar el emocionante abrazo de Pedro, el romano, y su hermano Andrés, el oriental, tanto tiempo ausente?

Con evangélica franqueza y caridad, que no se excluyen, promete Paulo VI a los observadores de las Iglesias cristianas separadas en su discurso inaugural de la III Sesión conciliar (14-9-64) hacer cuanto esté de su parte para reconstruir la unidad cristiana y "dedicar a ella todos los esfuerzos y el tiempo requeridos", procurando, dentro de la fidelidad a la unicidad de la Iglesia de Cristo, reconocer cuanto de auténtico y aceptable haya en cada Iglesia separada.

¡Y con qué acendrado lirismo, nacido de un corazón desgarrado de padre, exclama: "¡Oh Iglesias lejanas y a nosotros tan cercanas! ¡Oh Iglesias objetos de nuestros sinceros anhelos! ¡Oh Iglesias de nuestra insomne nostalgia! ¡Oh Iglesias de nuestras lágrimas y de nuestro anhelo de poder honraros con nuestro abrazo en el verdadero amor a Cristo! Quizás nos tiene separados una gran distancia y habrá de pasar mucho tiempo antes de que se cumpla la reunión plena y efectiva, pero sabed que ya os llevamos en el corazón!"

Emociona la humildad con que encara la responsabilidad de la Iglesia en la separación de los grupos hermanos, y proclama llana y piadosamente delante de los Padres Conciliares, de las Iglesias separadas representadas en el Concilio por los observadores, y de todo el mundo que presencia ansioso el acto de apertura de la II Sesión del Concilio:

"Si alguna culpa se nos puede imputar por esta separación, nosotros pedimos perdón humildemente a Dios, y rogamos también a los hermanos que se sientan ofendidos por nosotros que nos perdonen. Por nuestra parte estamos dispuestos a perdonar las ofensas de las que la Iglesia católica ha sido objeto y a olvidar el dolor que le ha producido la larga serie de disensiones y separaciones..."

La verdad y la caridad, que son sus guías en su tarea de Padre que busca por todos los medios conformes al Evangelio la reunión de todos sus hijos en la casa común, brillan de forma esplendente en su carta encíclica "Ecclesiam suam" al tratar del diálogo con los hermanos separados.

En los dos años de su pontificado, el ecumenismo católico ha ido delineando sus contornos y las hermosas palabras y los más hermosos hechos de Paulo VI, encaminados a facilitar el diálogo y el acercamiento fraternal entre los cristianos, iluminan nuestro mundo confuso y equívoco. Él ha sabido caminar por el camino abierto por Juan XXIII y el Concilio, pero al mismo tiempo ha ido consolidando, fijando, ilustrando la difícil marcha en ruda ascensión. Sabe que la Iglesia es roca, pero también nave, y que debe abrirse al océano y al cabo de las tormentas. Y, cuando llega el nudo imposible de destrenzar a las fuerzas humanas, no se sienta derrotado y desesperanzado aceptando la imposibilidad, sino que acude a quien sólo lo podrá hacer:

"Declaramos finalmente a este respecto que, conscientes de las enormes dificultades que se oponen hasta ahora a esta reunificación tan deseada, ponemos humildemente nuestra confianza en Dios. Y recordaremos, cuando la realidad histórica tratase de marchitar nuestra esperanza, las palabras alentadoras de Cristo: "Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios." (Lucas, 18, 27)

Testimonios inequívocos de los nobles y arriesgados esfuerzos de Paulo VI en pro de la unión de los cristianos — que podríamos enumerar en letanía de palabras y de hermosos hechos — son la confirmación del Secretariado por la Unión de los Cristianos y su plan de crear un Instituto para estudiar en esfuerzo cristiano mancomunado (católicos, ortodoxos, protestantes) la teología y la historia de la salvación, acogido con singular interés por los hermanos separados.

### Juan XXIII en la línea de la Iglesia

Paulo VI recibió y acrecentó la herencia unionista de Juan XXIII y en su misma línea: la de la Iglesia, y su renovación. No decía mal el teólogo protestante K. Barth: "toda unidad entre los cristianos, venga de donde viniere, tiene que proceder de una renovación propia".

El impacto unionista del Papa bueno, las barreras que rompió

impulsado por el Espíritu Santo, y los caminos que abrió, adelantaron, en lo que humanamente podemos juzgar, muchos días esta primavera del diálogo cristiano que estamos viviendo. Aún no ha digerido el mundo la conmoción, casi cósmica, que le produjo su muerte. Angel de bondad, reprodujo la benignidad y mansedumbre del divino Maestro. En él y por él pasó el Señor haciendo bien. Pero si su corazón conquistó al mundo, su manera de entender el Evangelio, predicarlo y vivirlo cavó una huella imborrable en los hermanos separados. Su muerte fue el amén sencillo, luminoso, definitivo, de su vida evangélica. Su cercanía a Cristo y a los hombres impresionó hondamente a muchos de los dirigentes de las Iglesias cristianas que fueron a visitarle. Y las innumerables y sinceras cartas de condolencia que llovieron sobre Roma del mundo de la Reforma y del Oriente separado testimonian el puente de diálogo que construyó con el ejemplo de su vida.

"No podemos menos de llorar a nuestro primer Papa, al Papa de toda la cristiandad, al que amamos con todo nuestro corazón y difícilmente olvidaremos", escribe un teólogo protestante. ¿No dijo de él el patriarca de Constantinopla, Atenágoras, que "su vida fue como el proemio y prólogo de la oración del Señor por la unidad de los cristianos"?

Ya en su primer radio-mensaje al mundo, 29 de octubre de 1958, con ocasión de su coronación, dirige palabras de ardiente y paternal caridad a los hermanos separados de las Iglesias de Oriente y Occidente y les invita a la casa del Padre, la Iglesia católica, que no es "casa extraña, sino propia".

Y en su primera encíclica, "Ad Petri Cathedram", dice a los hermanos separados:

"Permitid que con ardiente deseo os llame hermanos e hijos... Nos dirigimos a cuantos están separados de nosotros, como a hermanos, usando las palabras de San Agustín, que dice: "Quiéranlo o no, son hermanos nuestros. Sólo dejarán de serlo cuando dejen de rezar el Padre nuestro..." (AAS., 51, 1959, 515).

En innumerables documentos escritos, discursos y alocuciones, y

particularmente en los mil hechos, pintorescos a veces, de su vida papal, late ardiente la pasión de Juan XXIII por la unión de los cristianos. Todo su afán es remozar la Iglesia, renovar y hermopear su rostro para que de nuevo la Madre atraiga a los hijos alejados de ella.

El Concilio Vaticano II y el Secretariado por la unión de los cristianos, que encomienda al cardenal Bea, eminente ecumenista y sabio experto de la Biblia, son los argumentos que mejor prueban su afán de preparar la integración de los hermanos separados en la "plenitud de la unidad" en la Iglesia que Cristo fundó sobre la roca de Pedro y los cimientos de los apóstoles.

Los hermanos separados cayeron pronto en cuenta de la importancia para el diálogo ecuménico del Secretariado por la unidad de los cristianos, y así lo recalcó un informe del Consejo Ecuménico de las Iglesias de agosto de 1960: "El hecho de que ahora (por dicho organismo) se haga posible un diálogo con la Iglesia Católica Romana debe ser bien acogido. Bien venida la oportunidad de un diálogo, pero no perdamos de vista que los problemas ecuménicos saldrán a luz ahora."

Esta última advertencia, en la que luego insistiremos, es de singular trascendencia. La rudeza de la ascensión a la cumbre se destaca cuando se acerca uno a la montaña...

Y el Dr. Fisher, arzobispo entonces de Canterbury y primado anglicano, al informar a su Iglesia sobre la visita de cortesía que había hecho a Juan XXIII, declara que "la visita había sido muy importante, aunque pasajera, mientras que el Secretariado por la unión de los cristianos era más importante, pues era una institución permanente, que seguiría ejerciendo una gran influencia ecuménica".

Si ha habido un Papa realista en los últimos tiempos de la Iglesia, éste ha sido Juan XXIII, quien menos que nadie, arraigado más que ninguno en una profunda tradición, se podía hacer ilusiones sobre una pronta unión de los cristianos, que no podía concebir sino en la plenitud de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. El mundo protestante se le hacía mucho menos inteligible que a Paulo

VI, que desde su mocedad ha estado en contacto con él, pero entendía mucho mejor al mundo oriental, en el que había vivido largos y fecundos años en un contacto cordial y de eficacia silenciosa en sus cargos diplomáticos.

El jesuita francés Roucquette, el perspicaz cronista del Concilio en la revista "Etudes", y que conoció tan bien, según parece, a Juan XXIII, dice de él a este respecto:

"La larga experiencia de 20 años vividos en contacto con los ortodoxos orientales explica el comportamiento actual del Papa Juan XXIII. Está obsesionado por el problema de la unidad.

Él conoce mejor que nadie las dificultades insuperables del mismo. Sería ingenuo acusar de ingenuidad a este viejo aldeano lombardo. Pero tiene plena conciencia de que su deber es insistir siempre, aun en contra de toda esperanza. Él no espera ciertamente una milagrosa y espectacular reunión entre las Iglesias separadas de Oriente y la Iglesia romana. Pero grita como centinela de Israel en medio de la noche, invitando a las Iglesias a buscar la unidad." (Etudes, mayo de 1960.)

Muchas son las ocasiones en que Juan XXIII aconseja prudencia, estudio, abrir los ojos para ver las tremendas zanjás que nos separan. Él conoce muy bien, y lo ha expresado repetidas veces, que la Iglesia no puede ceder ni un ápice del tesoro de la revelación, y que sólo la aceptación de la plenitud doctrinal de la Iglesia puede permitir la entrada en ella de nuestros hermanos separados. Se trata de un camino de fidelidad inquebrantable, pero de un acercarse a la vez en la oración, en la caridad y en la propia santificación. Lo expresó claramente en su alocución con ocasión de la beatificación de Nicolás Stenone, apóstol de la unión:

"Aceptación inviolable de todos los puntos de la doctrina revelada, y un gran respeto y una amorosa caridad para los que no comparten nuestras convicciones. Por estos métodos, la Santa Iglesia, hoy como en los tiempos de Nicolás Stenone, trabaja por atraer al

rebaño de Cristo a todas las ovejas..."

Para ahorrarnos textos, que confluyen todos en lo mismo, oigamos cómo el cardenal Bea, respondiendo a una pregunta en programa transmitido por la TV-American Broadcasting Company (enero de 1962), sintetiza el pensamiento de Juan XXIII:

P.—¿Cuál es la finalidad precisa del llamamiento de Su Santidad Juan XXIII a la unidad de todos los cristianos?

R.—Juan XXIII, lo mismo que todo católico, desea restaurar la unidad —incluso la unidad visible— de todos los cristianos. Esta unidad visible, según las palabras del Santo Padre, es "la participación de todos los creyentes en una sola profesión de fe, en la misma práctica del culto y en la obediencia a la misma Suprema Autoridad". Esta unidad responde a las intenciones, a los mandatos y a las oraciones del divino Salvador...

El resignarse a permanecer separados sería un grave pecado, ha dicho el mismo cardenal Bea.

Juan XXIII no quiso esperar más y se puso en marcha y puso en marcha a la Iglesia. Él sabía muy bien que la hora en que los caminos confluirían en la paz de la "una sancta" era la hora de Dios, que Él sólo sabía. El cuándo, el cómo y el por dónde... Juan XXIII, el hombre de la voluntad de Dios, había oído la llamada insistente del Espíritu y se lanzó al camino, confiando en la oración del Señor por la unidad y a impulsos del Espíritu.

### **Fidelidad a la verdad y alerta ante los espejismos**

Un eirenismo mal entendido y que pretendiera borrar las fronteras dogmáticas y jugar a la unidad de los cristianos mediante compromisos con la verdad sería el peor enemigo de la verdadera unión. Este camino sería una traición a Cristo, y ninguno de nuestros hermanos separados es capaz de exigir esto a la Iglesia católica. "No esperamos que la Iglesia católica cambie sus dogmas", ha dicho claramente el Dr. Ramsay, arzobispo de Canterbury y primado de la Iglesia anglicana.

El cardenal Bea, que llama a esto "camino imposible", se expresa diáfananamente al respecto en una serie de conferencias que dio en Alemania sobre la unidad de los cristianos:

"Ni siquiera se puede hablar de que un Concilio pueda aceptar compromisos en el campo del dogma, de la doctrina católica de fe. Sería realmente un amor mal entendido a la unidad y a los hermanos separados darles esperanzas de que la Iglesia pueda exigir de ellos para llegar a la unidad sólo el reconocimiento de los "dogmas esenciales", algo así como si estuviera dispuesta a renunciar a la aceptación de los decretos dogmáticos del Concilio de Trento o a revisar el dogma del Primado o de la infalibilidad del Papa. Lo que la Iglesia ha llegado a enseñar como dogma de fe lo ha definido bajo la asistencia del Espíritu Santo como una verdad revelada por Dios, sobre la cual la Iglesia no tiene poder alguno. El Señor le ha confiado la conservación e interpretación de la verdad revelada, pero no le ha dado autoridad para cambiar cosa alguna en estas verdades."

El mismo Papa Paulo VI habló claramente de este punto en la "Ecclesiam suam" al tratar del diálogo con los hermanos separados: "No está en nuestro poder transigir en la integridad de la fe y en las exigencias de la caridad. Pero ahora que la Iglesia católica ha tomado la iniciativa de volver a reunir el único redil de Cristo, no dejará de seguir adelante con toda paciencia y miramiento; no dejará de mostrar cómo las prerrogativas que mantienen aún separados de ella a los hermanos no son frutos de ambición histórica y de caprichosa especulación teológica, sino que derivan de la voluntad de Cristo, y que, entendidos en su auténtico significado, están para beneficio de todos, para la unidad común. La Iglesia católica no dejará de hacerse idónea y merecedora de la deseada reconciliación con la oración y la penitencia."

Nuestros hermanos separados, hablo particularmente de los teólogos y ecumenistas, no sólo comprenden la posición de la Iglesia

católica, sino que entrevén un grave peligro en el confucionismo nebuloso que algunos pretenden crear por ignorancia, por apresuramiento o por mala voluntad.

El pastor Marc Boegner, observador en el Concilio y presidente de la Iglesia reformada de Francia, expone su pensar en "Le Figaro" (2 de febrero de 1962) a propósito de una famosa conferencia del cardenal Bea en la Mutualidad de París:

"Con toda seguridad conviene poner en guardia a nuestros fieles de diversas confesiones contra el peligro de ilusiones, que no pueden ser otra cosa sino fuente de decepciones y desaliento. Me encuentro con frecuencia con amigos católicos que, apoyándose en mi repetida afirmación: "lo que nos une es mayor que lo que nos separa", ceden a la ilusión de creer que la unidad orgánica de la Iglesia romana y de las no romanas seguirá muy de cerca al Concilio. Y, naturalmente, a la esperanza de una unidad visible, muy pronto restaurada, añaden la convicción de que se realizará en la Iglesia romana... El cardenal Bea ha querido prevenir todo equívoco y muchos protestantes le estamos reconociendo por ello. Guardémonos de introducir en la búsqueda de la unidad cristiana un sentimentalismo que no tiene nada que ver con el verdadero amor y oculta las dificultades inmensas, hoy en día insuperables. La más elemental lealtad ecuménica exige que consideremos estas graves divergencias con lucidez, con valor, pero también con fe humilde y afianzada en Dios, "a quien nada es imposible". Tenemos el deber de discernirlas, de asumirlas, no sólo en nuestra común reflexión teológica, sino también y ante todo en nuestra común plegaria. "Sed fieles a la verdad en el amor", escribía San Pablo a los efesios. Tal es la consigna a que deben atenerse todos los que trabajan en la unidad tan ardentemente deseada."

Una última cita, larga pero significativa, del saludo que el profesor Skysgaard dirigió al Papa en

nombre de todos los observadores de las Iglesias cristianas separadas el 10 de octubre de 1963: "Nuestras expresiones dogmáticas de la verdad se oponen sobre puntos importantes de capital interés, y no vemos hoy cómo se resolverán estas divergencias fundamentales sobre la infalibilidad del Papa, el dogma mariano y, sobre todo, la autoridad de la Revelación en la Biblia y en la tradición, respectivamente. Y, sin embargo, amándonos en Cristo, vivimos ya una unidad de la que Él es la fuente y la garantía. En la fe recibimos la certeza de que su oración por la unidad será escuchada. Y pedimos a Dios nos conceda su paciencia y su sabiduría, porque se trata de una gigantesca tarea que se llevará a cabo cuando Dios quiera y como Él quiera."

## Conclusión

¿Divergencias, pues, entre Paulo VI y Juan XXIII sobre la unión de los cristianos? Fundamentales ni las ha habido ni las ha podido haber. Juan XXIII y Paulo VI coincidían, con todos los observadores sensatos y con los ojos abiertos, en la imposibilidad de una unión ni ahora ni en tiempo previsible. El Concilio ha recalcado que el acontecimiento de la reunión cristiana supera toda la capacidad del hombre. Ni la reunión de las Iglesias católica y ortodoxa, tan cercanas entre sí, se prevé para un tiempo determinado ni aun remoto.

Juan XXIII, movido por el Espíritu Santo, desencadenó la tremenda fuerza dialogadora de la Iglesia. Paulo VI ha debido ir canalizando esas colosales energías. El abrirles cauce es difícil; labor de impulso y encadenamiento a la vez...

El diálogo entre los hermanos cristianos está trezándose en un clima fraternal, los ojos puestos en la reforma interior, en la propia santificación y en el Evangelio del Señor. Diálogo en la verdad y en la caridad.

Y si es cierto, como decía Paulo VI a los observadores del Concilio, "que no nos toca discernir los tiempos que el Padre ha puesto en su poder" (para la unión), también es cierto lo que le contestaba en nombre de ellos el archimandrita de Constantinopla Rodópolos: